

Voces femeninas en conflicto en dos relatos judíos – latinoamericanos

Angélica Franken¹

Resumen

El siguiente artículo se centrará en dos relatos, uno judío chileno titulado *Sagrada Memoria: reminiscencias de una niña judía en Chile* de la escritora Marjorie Agosín, y otro judío – mexicano, *La bobbe*, de Sabina Berman. Su objetivo principal es dar cuenta de la experiencia y el conflicto de identidad del inmigrante judío en tierras latinoamericanas, como de una forma particular de escritura femenina judía.

En el contexto de este segundo coloquio latinoamericano centrado en la temática de las relaciones entre Literatura y Teología, se inserta el siguiente artículo que tiene como eje la experiencia judía femenina en tierras latinoamericanas. Específicamente en las novelas *Sagrada Memoria: reminiscencias de una niña judía en Chile* (1994) de la escritora y ensayista chilena Marjorie Agosín, y *La bobbe* (1990) de la novelista y dramaturga mexicana, Sabina Berman. Ambas novelas poseen un acercamiento diferente y particular a los conflictos y reflexiones que conlleva la experiencia del inmigrante judío en tierras latinoamericanas, pero a su vez, ambas construyen de modo similar un sujeto femenino en crisis con una tradición heredada y vivida en el ámbito privado y familiar. Este artículo tiene por objeto dar cuenta de la configuración de este sujeto femenino, de la conformación de identidad y de cómo ésta se manifiesta en una memoria que recurre a imágenes y

¹ Licenciada en Letras Hispánicas de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Actualmente, estudiante de Magíster en Literatura en la misma casa de estudios. Correo electrónico: mafranke@uc.cl.

recuerdos para dar cuenta de una tradición judía y de un Dios vivido en los ritos y en las sensaciones transmitidas exclusivamente por una vía materna. Aunque la voz femenina que dirige ambos relatos se sitúa dentro de la generación de hijos/nietos de inmigrantes en Chile y México respectivamente, las características de su discurso dan cuenta igualmente de un conflicto de identidad que tiene ver directamente con una vivencia de otredad en el caso del relato de Agosín, como en un conflicto individual de negación y asimilación de una tradición religiosa familiar en el caso de Berman. Es decir, las tensiones de las cuales dan cuenta ambas narradoras están marcadas por una historia pasada, el Holocausto judío, como por la historia más reciente de la inserción de sus familias al panorama social, histórico y cultural latinoamericano.

En *Sagrada Memoria*, la niña judía que recorre el relato se articula como un yo femenino, que se podría creer singular, sin embargo, es plural, es la madre Frida, la abuela Raquel, la Omama Helena, la Carmencha, María y una serie de otras mujeres judías e indígenas que se expresan por medio de la voz infantil que desde un principio nos sitúa en la entrecruzada de su discurso: “Sagrada Memoria cuenta las vivencias de mi madre. Yo las recogí y las hice hablar. Ordené los episodios y me transformé en una niña de trece años en la provincia sur de Chile, rodeada por nazis, cristianos y habitantes autóctonos de la región. Esta es la historia de los extranjeros y de los exiliados” (Agosín: 1994, 15). La niña judía de Osorno, nos revela abiertamente su posición ideológica y social dentro de las tierras chilenas, condición que marca también su forma de acercarse a la memoria de su madre Frida. “Me acerco a las memorias, sacando una estrella de David y el yiddish, un idioma secreto hablado en el silencio de las caras castradas” (54). El sello de la estrella y la marca de un tatuaje en el cuerpo son los signos de una historia impresos en el cuerpo, es

decir, imborrables. Huellas que en la narración de la niña judía le permiten hablar de la otredad, los judíos y los indígenas, “siempre fuimos los otros”, desde su triple condición de otredad, mujer y judía al fin del mundo (114). Por lo señalado, el conflicto de identidad no se dará en la narradora en un rechazo a la tradición judía que la sitúa en esa posición de otredad, sino que esta realidad le permitirá configurar las voces de los otros, en una narración poética donde su voz se mezcla con la de otras mujeres en torno al lenguaje del amor y la ensoñación, que son los dos modos en que desemboca su identidad femenina.

Por otro lado, en la novela mexicana *La bobbe*, la voz narradora corresponde a Sabinita, que cuenta por medio de recuerdos, su infancia y adolescencia junto a las dos figuras principales del relato, su madre y la *bobbe*, abuela materna. La *bobbe*² transmitirá la religión judía, por medio de una serie de ritos, que vive ésta y su familia permanentemente, y que la narradora asimila por medio de emociones y sensaciones. “Puse atención. Bajo los párpados [...] Sí, dije. Pero así la veo siempre. - ¿Siempre? [...] Bueno, eso es Dios, y tiene muchos nombres” (Berman 30). La *bobbe* se preocupará de mostrarle a su nieta la presencia de Dios, y de un modo de vivir judío en su vida. A pesar de ello, la narradora se sentirá en discordancia con la noción de mujer de su madre y ante todo abuela, e intentará alejarse debido a que no comparte sus posiciones femeninas, sobre todo lo relativo al silencio que caracteriza a la mujer. Por ejemplo se sitúa en el lado de los varones, que sí pueden hablar, en la celebración del Día del Perdón³: “nunca volveré a la sección de mujeres mudas, aunque me caiga el rayo de Dios encima” (66). Este tipo de cuestionamientos son relatados en la novela permanentemente, es decir, la voz femenina se encontrará en crisis, en la

² Término que significa abuela en *yiddish*, idioma oficial de los ashkenazi, judíos que provienen de Europa Central y Oriental

³ Festividad religiosa central del judaísmo, relativo al día de reconciliación con Dios.

medida que viven en ella, una serie de dudas y confrontaciones, relativas al ámbito privado y ser personal, religión y sexualidad. Conflictos que se relacionan directamente con la religión judía y con la apropiación personal que intenta hacer la narradora de una tradición tan fuerte y presente en los cuerpos de su madre, y sobre todo, en el de su abuela.

Marjorie Agosín, en su artículo titulado “Escritura judía e historias de vida”, señala el rol que ha tenido o se ha adjudicado la literatura femenina judía para rescatar la historia de sus familias. “[...] ciertas narradoras han comenzado a rescatar la memoria de lo sagrado, para entregar testimonio de las ceremonias religiosas, familiares y sociales. En algunos casos están recuperando los pormenores y secretos de la comida y mesa judía, para integrarlos en un ritual que se pierde en el tiempo. Son relatos que se han transmitido en forma oral de madre a hija [...]” (Agosín: 1996, 94). La transmisión vía materna de un modo de ser y de una religiosidad vivida ante todo en el ámbito privado caracteriza efectivamente ambos relatos. Es en relación a esto que ambas novelas adquieren valor como testimonio de una historia universal y particular, pero más allá de querer adentrarnos en el carácter memorial, testimonial y autobiográfico que podrían tener, o mejor dicho, efectivamente tienen en diferente medida ambos textos, este artículo intenta indagar en las marcas particulares de una escritura femenina judía en ellas.

En este sentido, adquiere valor el modo en que ambos relatos cuestionan ámbitos de la escritura femenina. Por ejemplo, el silencio sería, para la escritora Marjorie Agosín, un rasgo propio de la literatura de mujeres, cuando plantea que éste y la imaginación son formas complementarias de poder decir (cf. Agosín: 1986, 15). Y precisamente este silencio femenino, que caracteriza a la *bobe* que se niega a hablar del Holocausto sufrido en la novela mexicana, y que en *Sagrada Memoria* se expresa en la voz infantil y ensoñadora

de la niña judía que habla en nombre de sus otras mujeres, permitiría un decir cotidiano más cercano a las habituales tácticas de la mujer, y a su posición, en términos de Agosín, de marginalidad en el habla. Sin embargo, el valor de este silencio y lenguaje privado que caracteriza los textos de mujeres “ceranos al silencio, al cuchicheo, y a los cuartos de servidumbre; [y que] son escritos que hablan de raíces y del reencuentro consigo mismo; historias que se mueven entre el amor y el desamor” es transformado en los textos (Agosín: 1996, 98). En *Sagrada Memoria*, en la medida que la voz femenina utiliza el lenguaje del amor y la ensoñación para dar cuenta del tatuaje y la marca de dolor en su familia y en los otros exiliados de su pueblo, los indígenas, y así dar cuenta también de su conflicto religioso personal. Como en el caso de *La bobbe*, el silencio del pasado traumático se hace palpable en los ritos, en la experiencia de la luz de Dios, y ante todo en la rebeldía que ello genera en una adolescente que se encuentra en conflicto con un modo de ser femenino y religioso. Por lo señalado, la temática del silencio se instaura en estos textos no sólo como la afirmación de un modo de escritura propiamente femenino sino como un lugar de escritura y de forjación de una identidad individual y colectiva, en este caso, judía.

Como se mencionó anteriormente, en la novela *Sagrada Memoria*, la condición judía de la niña narradora, portadora de las voces de su madre Frida y de su abuela, la constituye como otredad. Sin embargo, es a partir también de la relación con otros, donde la niña judía señala sus pensamientos entorno a Dios y al pueblo escogido.

Ni los ateos lo perdonan, pero pensándolo bien ¿se le perdona algo a los judíos? ¿Dios nos perdonó cuando nos perdimos en las arenas cercanas al Egipto o la Mesopotamia? ¿Dios nos perdonó cuando nos llevaban descarriados a los hornos de cobalto? A mí me gusta discutir con Dios, me peleo con El, pienso que no está en todas partes, porque si estuviera, ¿por qué dejó a mi tía Alma muerta en los corredores invisibles de Polonia? ¿por

qué mi tío lleva unos números marcados en su muñeca y en su alma?
(Agosín: 1994, 42).

El trauma de lo vivido en el Holocausto, las marcas/tatuajes del dolor y horror en los cuerpos y almas de sus familiares judíos sitúan a la narradora infantil en un cuestionamiento existencial que inevitablemente marca su relación con los “otros” en Osorno, las niñas de los colegios alemanes e ingleses, y sus amigas, las indígenas, con las cuales asiste al colegio, y las cuales la peinan y quieren precisamente por su diferencia a ellas. Por esto mismo, destaca la apropiación que va sin embargo realizar la niña judía al entrar en contacto con las indígenas y con la cultura cristiana/católica que caracterizaba a la sociedad chilena. Sus cuestionamientos existenciales se mezclan con asociaciones infantiles tales como la siguiente afirmación: “De todas las virgencitas, yo me quedaba con la Virgen María porque se parecía a mi familia” (42). Cabe mencionar su alegría cuando su nana Carmencha la bautiza a escondidas de sus padres por temor a que le salieron cuernos en la cabeza, y lo que significaba para ella vestirse de blanco como las otras niñas del pueblo y pensar en un cielo posible para los judíos. Como otros pensamientos que dejan entrever un rechazo y distanciamiento del modo de proceder católico: “Por fin ahora podría confesar mis pecados, entrar en un cuarto perverso y oscuro para hablar en voz alta de las delicias del amor carnal” (91). A pesar de los discursos y mensajes cristianos de su querida Carmencha, que siempre huele a pena, la imagen de salvación de un Cristo crucificado no le atraía en absoluto. “Tal vez desde aquel entonces prefería a toda costa la religión judía, porque el destino de nuestro señor Jesús Cristo, amarrado *per secula* a una cruz, no me sedujo, sino que me causó una honda tristeza, como las tristezas de los pozos y plazas oscuras” (91). Inevitablemente, el destino del salvador cristiano le recordaba el destino semejante de su pueblo escogido. Las imágenes señaladas anteriormente nos dan cuenta de

la apropiación que realizaba en tierras cristianas la narradora plural, constituyéndose ella en cierta medida en un sujeto híbrido entre dos tradiciones, sin embargo su discurso está marcado por el sentimiento de abandono, lo que la lleva a hablar desde el lugar de un sujeto huérfano de Dios y de la humanidad.

En el caso de la novela *La bobbe*, la presencia de un Dios judío como de una serie de tradiciones de este pueblo está más presente, sobre todo reflejado en la figura de la *bobbe* y en la configuración identitaria de la narradora protagonista. La *bobbe* representa para la narradora, la fe judía, el *yiddish*, el *shabbat*⁴, y sobre todo es ella quien le va a transmitir la noción de *ein sof*, la luz, que es Dios mismo. En variadas ocasiones de la novela, se nos da cuenta de los ritos judíos, de la mesa judía, de la celebración del Día del Perdón, del pensamiento de la abuela y el abuelo respecto a la humanidad. La fase rebelde de Sabina y su rechazo frente al comportamiento de su madre y abuela la van a motivar a distanciarse de lo impuesto por ellas, como por ejemplo, lo hace cuando se reúne con otros jóvenes en una práctica religiosa particular. “Rezamos los rezos que sentimos santos y evadimos los que sentimos obsoletos. Sentir, sentir, sentir: somos la generación devota del sentir: sentir es el puente entre lo divino y lo mundano, lo invisible y lo denso” (Berman 71). Este ejemplo, confirma y aclara una reapropiación que hace Sabina de su fe aprendida y de la fe que quiere vivir. Al final de la historia, queda sin embargo manifiesto su querer por un lado alejarse de una serie de tradiciones que no siente propias, pero sin embargo su imposibilidad de indiferencia de la presencia y por momentos creencia en un Dios transmitido por la abuela. “Como ella [su madre], yo he abandonado la intención de conservar los rituales religiosos de la abuela, no bendigo el pan antes de comer, en el

⁴ Shabbat corresponde al día ritual de descanso semanal del pueblo judío.

Shabat viaja en auto, respondo el teléfono. ¿Cómo es que conservo la devoción a esa luz? Es una terquedad mía, me ha dicho, es una impureza en el intelecto” (102). La respuesta a esta interrogante y al silencio que rechaza se encuentra en la imagen de muerte, pulcra y blanca, de la *bobe*. “Bajo sus párpados cerrados, esa luz: la conciencia: *Ein sof* [...] Bendito seas tú Señor mío Dios Rey del Universo” (104). La voluptuosidad de la muerte de la *bobe*, como su cuerpo que es consumido metafóricamente por todos en su funeral, “nos estamos comiendo a la abuela y ya está dentro de sus nietos” (100), es un gesto de unidad y de reinscripción en la historia y en el cuerpo identitario mexicano que convoca un pasado judío en tierras lejanas que se transfigura en un presente y futuro latinoamericano, como esa luz que mueve los recuerdos e imágenes de la infancia en este relato judío – mexicano.

Tras todo lo mencionado en el análisis es posible nuevamente afirmar que ambas narradoras se constituyen como sujetos femeninos en crisis en los espacios conformados y rellenados por la familia, el hogar, y la tradición transmitida por vía materna. Ambas se configuran a partir de otros, ante todo, mujeres, que marcan el curso de su identidad que en la novela de Agosín se transmuta en un lenguaje del amor marcado eso sí por la herida y la orfandad. El horror de un pasado, la marca de un rechazo se articula en la niña judía de Osorno en un valor especial por la naturaleza, por los espacios de la ensoñación y por la representación de los otros como testimonio de la propia otredad, y de este modo, une la historia del pueblo judío perseguido con la del indio en tierras chilenas. Para la narradora del relato judío - mexicano, sus recuerdos no anhelan hablar del otro, sino que sólo por medio del otro, abuela y madre, se configura como mujer en crisis y conflicto con una tradición religiosa fuerte impresa también en el alma y en el cuerpo pulcro y eterno de la *bobe*, que inunda el silencio que desprecia.

Por último, es necesario reafirmar que estos dos relatos son ricos en un lenguaje creador de atmósferas y sensaciones, conformando no sólo textos de rico valor estético y testimonial de un pasado y del ser judío en Latinoamérica, sino también de una escritura de mujeres particular. Escritura que inevitablemente da cuenta de una tradición e historia universal, la del pueblo judío, como también de un modo de ser femenino y judío en un contexto social y cultural latinoamericano de fuerte hibridación. Anhelos y perspectivas, que para Marjorie Agosín, son una constante en las artistas judías latinoamericanas de las últimas décadas.

Bibliografía

Agosín, Marjorie. La Sagrada Memoria: Reminiscencias de una niña judía en Chile. Santiago: Cuarto Propio, 1994.

“Escritura judía e historias de vida”. *Taller de Letras N°24* (1996), 93 – 98.

Silencio e imaginación. Metáforas de la escritura femenina. México: Editorial Kalún, 1986.

Berman, Sabina. La bobbe. México D. F: Fondo de Cultura Económica, 2006.